

El encuentro de las diferencias en el Foro Social Chileno

Álvaro Ramis O.*

* *Investigador
del Centro Ecuménico
Diego de Medellín
y miembro de ATTAC
Santiago de Chile.*

Hasta el golpe militar de 1973, Chile era considerado uno de los países latinoamericanos más bullentes de movimientos sociales y vida democrática. Esta riqueza se manifestaba en una alta participación vecinal, sindical, estudiantil, y en una intensa actividad cultural y política. Ese Chile definitivamente desapareció bajo el terror de 17 años de dictadura, y a pesar de la nostalgia que puede despertar su recuerdo en las generaciones que vivieron ese proceso, se trata de un país que no volverá a existir de esa misma forma. Los efectos del Pinochetismo se han hecho cada vez más evidentes a medida que transcurrieron los catorce años posteriores al fin de la dictadura. Estos efectos tienen una dimensión desmovilizadora, ya que el poder represivo fue capaz de instalar mecanismos de autocensura y autocontención que perviven en la subjetividad popular. Y por otro lado existe una dimensión oculta, que tiene que ver con una nueva clase de motivaciones colectivas, instaladas al alero del modelo neoliberal, que ha logrado generar la nueva hege-

monía cultural en el Chile actual: un tácito consenso individualista, centrado en la satisfacción de necesidades muy inmediatas, mediante el acceso a un consumo compulsivo y depredador.

Con mucha razón, Chile ha sido catalogado como el “laboratorio del neoliberalismo” para América Latina. El contubernio político, militar y financiero que fue capaz de instalar y hacer funcionar eficazmente el modelo ha demostrado en Chile todas sus capacidades. Y tal vez su mayor logro ha sido el “naturalizar” sus consensos, al conseguir que la antigua oposición política a la dictadura, hoy en el poder, haya asumido, con mayor o menor agrado, los fundamentos del antiguo régimen, tanto en su dimensión política (al aceptar el marco constitucional de 1980) como también en su dimensión económica (mediante la profundización del modelo económico implementado por los “Chicago boys”, contratados por Pinochet en 1975 y que construyeron la nueva arquitectura económica chilena).

La naturalización de los “consensos” impuestos por la dictadura ha generado una estabilidad política y social inédita en la historia del país. Efectivamente, hoy Chile es el sueño de todo régimen que busque una gobernabilidad basada en la desmovilización y la apatía ciudadana. La debilidad estructural de los movimientos sociales se ha profundizado en la medida en que los antiguos líderes del proceso de recuperación de la democracia han aceptado y validado un marco político y económico que presupone que no hay alternativas. El discurso “*no choice*” del mundo político se ha interpuesto como un muro a cada demanda social, y ha generado una actitud derrotista y fatalista entre quienes todavía sugieren una propuesta alternativa. En este contexto, la estrategia gubernamental suele apuntar a desalentar las luchas y dispersar las energías mediante una infinita trama de recursos que van desde la cooptación y el clientelismo hasta la estigmatización comunicacional de las disidencias.

En este contexto, los procesos de liberalización comercial que los gobiernos de la Concertación han desarrollado con una velocidad vertiginosa no han encontrado una oposición significativa por parte de la población. Al contrario, la firma de múltiples TLC, con la Unión Europea, Estados Unidos y Corea, ha sido acompañada de una avalancha de argumentaciones laudatorias por parte de la oposición de derecha y de los partidos gubernamentales, que se ha reflejado en la ausencia de un debate serio a la hora de ser ratificados en el Parlamento. La ciudadanía, mudo espectador de estos procesos, sólo ha manifestado tímidamente su escepticismo ante las maravillas que el libre comercio ofrece en la pantalla del televisor. Este escepticismo se manifiesta más por medio de expresiones culturales que políticas, y se basa principalmente en sus vivencias cotidianas, como el experimentar el carácter extremadamente concentrador y excluyente del modelo de desarrollo vigente. Tras largos años de crecimiento sosteni-

“La mayor marcha política que Santiago ha visto desde 1988, con más de 60 mil personas, y los más de 8 mil participantes en las 200 actividades organizadas por más de 240 organizaciones, son un dato que refleja hasta qué punto el resultado de este proyecto ha superado las expectativas de sus convocantes”

do de la economía, los efectos de ese enriquecimiento no han redundado en una mejoría significativa de la calidad de vida de la mayoría de la población, y el acrecentamiento de las desigualdades genera fuertes sentimientos de rabia e indignación sin que ello implique que ese rechazo se manifieste políticamente.

En ese contexto, la convocatoria en diciembre de 2003 al primer Foro Social Chileno (FSCH) no parecía estar destinada a tener gran éxito. Al contrario, eran muchas más las probabilidades de que un intento como ese muriera en el camino o no lograra una convocatoria muy significativa. Atentaban contra este empeño la gran fragmentación de los movimientos sociales y una larga historia de recelos entre las organizaciones sociales y los partidos políticos de izquierda, que ha provocado en los años recientes numerosos quiebres y descalificaciones mutuas.

Sin embargo, estos malos augurios fueron superados con creces. La mayor marcha política que Santiago ha visto desde 1988, con más de 60 mil personas, y los más de 8 mil participantes en las doscientas actividades organizadas por más de doscientas cuarenta organizaciones, son un dato que refleja hasta qué punto el resultado de este proyecto ha superado las expectativas de sus convocantes.

¿Cuáles han sido las claves de este proceso, que claramente va a contracorriente de la dinámica social chilena?

Un factor clave en el desarrollo del FSCH ha sido su carácter explícitamente confrontador de los consensos neoliberales. Este carácter se manifestó en la voluntad de hacer coincidir la realización del Foro con la cumbre APEC (Foro Económico Asia Pacífico). Cuando en 2003 el gobierno de Ricardo Lagos asumió la organización de APEC, diseñó una estrategia que implicaba hacer de ese momento el “desfile triunfal” de Chile ante los ojos del mundo como el discípulo más aventajado de América Latina y el que mejor logra compatibilizar paz social, crecimiento económico y democracia representativa. Este desfile fue pensa-

do para un público internacional –los organismos financieros internacionales y los gobiernos de las potencias visitantes– como también para un público nacional, la propia población, que se vio crecientemente bombardeada por una maquinaria publicitaria inaudita, que presentó la realización de esta cumbre como el ingreso de Chile al umbral del desarrollo.

Al hacer coincidir el Foro Social Chileno con un evento de esa magnitud, que implicaba la visita de los mandatarios de las veintiún economías más poderosas de la cuenca del Pacífico, incluyendo a George W. Bush, el FSCH adquirió un carácter mucho más radical que el de un festival de las alternativas. Explícitamente, asumió un papel de contrapoder a la mayor operación política vivida en Chile en los últimos catorce años, destinada a coronar el proceso político y económico vivido en estos años por el reconocimiento internacional y el consentimiento masivo de la población.

Confrontar la cumbre APEC mediante un Foro Social no es una idea nueva. El mismo Foro Social Mundial nació con el objetivo de cuestionar directamente al Foro Económico Mundial de Davos. Pero el contrapunto de Porto Alegre se realizó a miles de kilómetros de distancia, en un contexto amistoso y favorable a los participantes de este encuentro. En cambio, el FSCH desafió a APEC en su propio terreno, en medio de una ciudad sitiada por el más riguroso cerco de seguridad visto en Chile, y ante la hostilidad de los medios de comunicación privados y gubernamentales, matriculados como propagandistas de la cita oficial.

En los meses previos a APEC la prensa saturó sus páginas de noticias alarmistas respecto a la seguridad de los presidentes, las posibilidades de un ataque terrorista, y los nuevos métodos “disuasivos” de la policía. Para un país en el que el miedo logró anidar en el sentido común, estos mensajes no tenían dobles lecturas: “los días 19, 20 y 21 de noviembre no salga de su casa, prenda el televisor y alégrese de ser el país sede de APEC”. Sin embargo, se impuso el sentido común: la masividad de las organizaciones convocantes, la multitud en las calles durante la marcha inaugural, y el inevitable contrapunto con una cumbre de gobernantes encerrados y alejados de todo contacto con la población, pusieron de relieve que el Foro no sólo se realizó exitosamente, sino que impidió las pretensiones de invisibilizar su existencia.

Un segundo factor que innegablemente contribuyó al éxito del FSCH fue su apego irrestricto a la carta de principios del Foro Social Mundial, en especial respecto al principio de no partidismo. Esta adhesión no estuvo exenta de críticas. Se argumentó que este criterio era excluyente y marginador. Sin embargo, la experiencia mostró que el Foro logró ganar la confianza de una población muy escéptica respecto a la acción de los partidos políticos y que visiblemente ha manifestado su rechazo a ser “capitalizada” electoral-



© Foro Social Chileno

mente al manifestar sus ideas. La masividad y transversalidad ideológica del FSCH hubiera sido imposible sin la clara afirmación de su carácter no partidario. Y lejos de excluir, este principio se demostró efectivamente integrador de la diversidad y de los anhelos de autonomía de los movimientos sociales.

Por otra parte, el FSCH también asumió muy claramente su adhesión a las formas de resistencia no violenta. Mientras la prensa corporativa y gubernamental desataba la histeria y el temor, algunos sectores políticos de ultraizquierda cooperaron a esa campaña llamando a “incendiar la APEC” mediante “todas las formas de lucha”. No hubo mejor señuelo para la prensa sensacionalista ni mejor argumento para un gobierno que se preparó para una guerra y puso todas las cortapisas posibles al recorrido de la marcha inaugural. El FSCH asumió, pese a las descalificaciones más groseras, que su tarea era lograr una movilización masiva, que consiguiera motivar a una sociedad atemorizada y permitiera romper el círculo inhibitor de la participación impuesto desde el poder. Al final de la marcha del viernes 19, quedó demostrado que a los únicos que lograron incomodar los violentos fue a la multitud que venció el temor y salió a las calles pacíficamente, pero que tuvo que sufrir la represión desatada tanto por la policía como por una minoría incapaz de implementar sus propios objetivos políticos, sin camuflarse entre quienes repudian sus discursos.



© Foro Social Chileno

Un tercer factor de éxito del Foro fue la capacidad de articular en un solo espacio a movimientos con tradiciones ideológicas y estrategias de acción muy diversas. La lucha por la igualdad (herencia principalmente del mundo sindical, en la lógica de la confrontación capital-trabajo) junto a la afirmación de las diferencias y la diversidad (presente en el discurso de ecologistas, indígenas, mujeres,

jóvenes, cristianos, o gays). El discurso de denuncia junto a la búsqueda de alternativas. La metodología de los Foros Sociales ha demostrado que permite dar la palabra a aquellos "saberes sometidos" que basan su saber en la tradición, en la cotidianidad, y en la experiencia. Por esa razón, la diversidad de enfoques es armonizada desde el anhelo compartido de lograr ver de otro modo, conocer las conexiones entre los diferentes temas, y establecer nuevas conexiones, más profundas, para evaluar de otro modo el mismo momento cronológico.

Una de las debilidades del primer FSCH, que radica en lograr un mayor arraigo en organizaciones poblacionales y regionales, perfectamente se podrá superar en 2005 mediante la realización de Foros Sociales regionales y temáticos. Asimismo, el FSCH deberá redefinir su relación con el Foro Social Mapuche, reconociendo explícitamente el carácter plurinacional del país. El gran impacto del primer Foro Social Chileno debería impulsar a la sociedad civil chilena a ampliar su capacidad de incidencia en la agenda nacional. La capacidad de convergencia y acción común reflejada en esta ocasión demuestra que, fijando metas plausibles y convergentes, la tradición participativa y democrática anterior a 1973 puede revivir de una forma inédita e inesperada, visibilizando a un Chile que descrea del triunfalismo de sus gobernantes y anhela tomar la palabra sobre el destino de su propia vida.